

El Torrijismo en la agenda hoy de la liberación nacional

Manuel Zárate

Exposición en Mesa de Análisis Ideológico y Político del Torrijismo, realizada el 29 de septiembre de 2012.

El ideario del General Omar Torrijos H. es uno de los aspectos que menos se ha recogido y analizado en el haber histórico de nuestro país. Quizás porque siempre ha habido cierto prejuicio en nuestra intelectualidad sobre su condición de militar, percibiéndolo como un “hombre sin principios ni ideología, incluso de poca estatura moral”. Olvida que todo personaje como ser social, actúa de alguna forma con un paradigma del pensar, que da norte a sus acciones.

No obstante, nadie duda en el terreno de los hechos, que dejó huellas indelebles en la nación panameña, malas o buenas. Y esto representa en cualquiera de los casos una llana necesidad: la de entender mejor ese retazo de nuestra historia. Para los torrijistas de hoy, el momento político social del país nos exige además las luces de ese pasado, para alumbrar las opciones de futuro; y si algo nos debe preocupar, es que este ideario se ha venido desvaneciendo en el tiempo; lo encontramos hoy como simples bultos de párrafos dispersos, como frases fragmentadas navegando sin rumbo en la memoria popular... Reconozcamos una verdad: cuando buscamos los discursos y escritos del General, los descubrimos sumergidos en una especie de “caleta” de documentos prohibidos, condenados al subterráneo probablemente por subversivos, esperando que no tomen vuelo con los vientos de un pueblo que se encuentra en medio de la tormenta, buscando la puerta acertada de su liberación.

¿Por qué el torrijismo hoy?... Porque el modelo que asumió nuestra sociedad después de la invasión de 1989, neoliberal en lo económico, excluyente en lo social, y centralista, autoritario y bipartidista en lo político, ha llegado a su pleno agotamiento... Vivimos momentos de crisis; y no cualquiera. Pues lo que está en crisis no son simplemente políticas de gobierno o formas de gobernar, sino el propio Estado y toda su base estructural, llevándonos al escenario de una **“situación revolucionaria”**; es decir, una situación coyuntural en la que “los de arriba” han perdido sus capacidades para el ejercicio de gobierno y “los de abajo” no depositan ninguna confianza en la institucionalidad política, desafiando además a la casta gobernante. Es entonces una crisis que exige nuevos liderazgos, un claro realineamiento de las fuerzas motoras del progreso social, estrategias de acción transformadora y mucho temple, si se quieren efectivas soluciones. En este marco, lo específico del legajo actual de la experiencia torrijista es que aún tiene vigencia para el proceso de cambios que deseamos los panameños.

¿Quién fue Torrijos?...

Esta pregunta pareciera traída por los cabellos, pero yo preguntaría lo siguiente: ¿Fue Torrijos un dictador bonapartista?; ¿fue un autócrata nacionalista?; ¿fue un filósofo, un ideólogo, un demócrata, un estadista?... Estoy seguro que cuando tratamos de identificarlo titubeamos, porque lo conocemos más por los hechos anecdóticos de lo que fue su acontecer diario, que como el resultado concreto de un proceso histórico, político social.

Omar Torrijos nace en una familia de maestros rurales, de una provincia caracterizada no solamente por sus altas tasas de pobreza y extrema pobreza, sino por el dominio prepotente del feudal terrateniente y la tradición rebelde de su pueblo. En este contexto, desde su juventud abraza los ideales progresistas de sus padres y sobresale en las actividades emprendidas por el movimiento de la juventud revolucionaria de su tierra natal, Veraguas, durante sus años de colegio en el Demóstenes Arosemena. Bajo ese clima político se hace un consecuente defensor de las reivindicaciones estudiantiles y de las luchas de los campesinos por la tierra. Sin embargo, joven rebelde, de factura estrecha para el molde de la disciplina magisterial, deriva hacia la carrera militar mediante una beca otorgada por la Guardia Nacional para estudiar en la academia militar de El Salvador. Así se convierte en el hombre militar formado para la función represiva antipopular contrainsurgente, razón por la cual quedó sometido a todos los vaivenes y presiones de una sociedad que cabalgaba de crisis en crisis bajo los sucesivos gobiernos oligárquicos de turno.

Con estas características llega al Golpe de Estado de Octubre de 1968. Esta acción fue la respuesta militar a un cuadro anárquico, surgido también de una *“situación revolucionaria”* (algo parecido a lo que vivimos hoy día). Si nos refiriéramos a los conceptos de **hegemonía y dominio** de Gramsci, podríamos decir que la oligarquía conservadora, que tuvo en sus manos las riendas del poder durante todo el periodo republicano, había perdido las claves de su hegemonía, incapaz ya de hacer consensos, aunque mantenía su dominio especialmente mediante la fuerza de la Guardia Nacional en el terreno táctico y del Comando Sur en el terreno estratégico.

Ese orden institucional se quebró; y el pie de fuerza tuvo que asumir las riendas del poder para restaurarlo, tal como lo aprendió en la Escuela de Las Américas. Torrijos explica el fenómeno en Santiago de Cuba, el 12 de enero de 1976, sin muchas arandelas: “Nosotros, una generación de oficiales nuevos asaltamos el poder –fue cierto–, como el Comandante Castro asaltó el Cuartel Moncada. En todos los asaltos hay que ver cuál es el contenido del asalto. *Hay veces que se asalta porque es la única respuesta a la situación existente”*...

No había pues, un proyecto de nación madurado en los oficiales que dieron el golpe y menos aún un proyecto de revolución. El golpe lo dan oficiales del cuerpo armado, cumpliendo el mandato para el cual estaban preparados: defender el estatus quo que prevalecía en el país. Lo dan oficiales formados en la contrainsurgencia para la represión del pueblo y no oficiales revolucionarios; si bien por sus orígenes sociales muchos de ellos reflejaban de alguna manera, como conciencia en sí, las tribulaciones de las capas medias anti-oligárquicas y democráticas.

Para nadie es un secreto que gran parte había pasado también por las filas del movimiento estudiantil, que luchaba por sembrar las banderas anticolonialistas en el país.

La evolución tomada por el proceso iniciado en octubre del '68, que se hace realmente "revolucionario" desde diciembre del '69, se explica así, coherentemente, en términos contextuales; es decir como el resultado de una acumulación histórica que se origina particularmente con el movimiento contra las bases militares de 1947, que pasa por varios estadios de desarrollo –como fueron el Movimiento de Reforma Universitaria del '58, el levantamiento insurgente de Cerro Tute, llegando hasta la profundidad asumida por el movimiento anticolonial de enero de 1964–, y que desemboca finalmente en la situación revolucionaria de 1968, que estremece políticamente a la sociedad panameña.

Torrijos es ni más ni menos que el resultado de este movimiento. Es rodando por estos hitos llenos de obstáculos, de vejámenes, de acciones represivas y de confrontaciones –entre las que vale señalar la lucha intensa que se desarrolla después del golpe, entre la solución democrática liderada por las fuerzas organizadas del pueblo y militares progresistas, y la solución oligárquica tradicional abanderada por las fuerzas liberal conservadoras nacionales y el imperialismo–, que pasa a ser del simple militar perteneciente a un pie de fuerza contrainsurgente y apéndice del Comando Sur norteamericano, a un líder nacional *antiimperialista* y estadista *demócrata revolucionario*¹, no así el dictador bonapartista, el autócrata nacionalista o el socialdemócrata partidista como algunos lo han querido señalar.

Si queremos evaluar objetivamente a Torrijos, tendremos que hacerlo pues, bajo este prisma: teniendo en cuenta su circunstancia de haber sido un militar educado para la represión popular, pero a la vez, de un militar que se empina por encima de esa trama doctrinal hasta asumir el reto patriótico, sin precedentes, de recoger la causa liberadora anticolonial del pueblo y *hacerla política de Estado*, y enrumbar la nación por la vía de las transformaciones sociales democráticas; todo ello, mediante una metamorfosis en la que operaron numerosas variables políticas y socioeconómicas dinamizadas por el desarrollo histórico nacional e internacional. ¿Cómo entender esto?... Describiendo el momento revolucionario que se daba en América hispana, José Martí explicaba la razón de Bolívar así: "A veces está listo el pueblo y no aparece el hombre. América toda hervía [faltaba sólo el dirigente]". Creo que es la mejor forma de entender a Omar. Fue entonces, desde todo punto de vista, un patriota, un líder antimperialista y un estadista demócrata revolucionario.

¿Qué debemos entender por "Torrijismo" en nuestros días?...

La pregunta no es un capricho; pues vale la pena aclarar un concepto que pareciera ecléctico, amparando por igual a cesaristas romanos y cristianos, a víctimas y victimarios, a esclavos y esclavistas... Pregunto yo: ¿Es el "torrijismo" una filosofía?; ¿Es una ideología?; ¿Es una

¹ De la revisión analítica de los actos y discursos del General Torrijos, podemos afirmar que su compromiso está más cerca de la ideología demócrata revolucionaria de un José Martí, que de la socialdemócrata de un Edward Bernstein.

doctrina?; ¿Es un programa político?... Y más aún; ¿cuál sería su contenido social y cuáles sus fines cualquiera que fuese la categoría que le diésemos?...

Recurriendo un poco a la propia semántica de los conceptos citados, definimos la “filosofía” como la ciencia que se pregunta sobre el sentido final de las cosas, sea la existencia, el conocimiento, la moral, etc. (de hecho no es entonces una filosofía). La “ideología”, como el conjunto sistémico de ideas sobre la realidad, que intenta explicar la práctica de la especie humana en la sociedad a la vez que orientar sus conductas, por lo que es un instrumento programador en la praxis humana. Consta así de dos componentes imprescindibles: una representación del sistema, a partir de la cual se analiza y enjuicia, y un programa de acción... “Doctrina”: conjunto de principios, creencias y enseñanzas que puede ser de contenido ideológico, filosófico, político, militar, social o religioso, coherentemente estructuradas y de validez general para el dominio que toca, las cuales rigen como marcos referenciales para la manera de pensar y actuar de grupos de personas en el terreno de su actividad. Finalmente, “programa político”: compendio coherente de objetivos, metas y tareas para un tiempo determinado, trazadas sobre la base de un diagnóstico articulado de las coyunturas históricas, que se propone realizar un movimiento u organización política en su lucha por el poder o al ejercerse éste.

Y bien; cuando recorremos los discursos y escritos del General, o hacemos un esfuerzo teórico por interpretar su obra concreta, observamos que en su ideario hay un poco de todo esto, aunque sin organicidad y en todo caso, nunca con la suficiente carga como para ubicar el legado en una de las categorías descritas. Por ejemplo, hay doctrina cuando expresa: “Las leyes, como la inversión, como las decisiones, mientras más cerca están del hombre panameño, mientras más cercas están del hombre que depende de ellas, impactan con mayor justicia y con mayor prontitud”... También cuando dice: “La reforma agraria, más que tierra, es hombre (...). La tierra está allí, no se va, la puedes adquirir o expropiar. Pero lo que más importa es la organización”... O cuando manifiesta: “Una nueva conciencia se está creando en el hombre latinoamericano y sólo podrá haber paz si se permite que esta conciencia siga su propio cauce”.

Hay por otro lado ideología, al lanzar expresiones como: “Panamá confiesa (...) que nosotros no podemos aceptar el sometimiento económico de un país sobre el otro, ni la penetración política, cultural y económica, porque esto no es más que neocolonialismo; es decir un colonialismo depurado, un colonialismo disimulado que se hace presente en nuestro pueblo a través de la ayuda económica condicionada que no busca el desarrollo del país, sino el control de su pueblo”. En sus discursos encontraremos indiscutiblemente muchos elementos de carácter programáticos; pero faltó siempre la representación del sistema, los referentes suficientes para el análisis y el enjuiciamiento integral de la realidad en movimiento. Por ejemplo no logra explicar la forma concreta que toma en la nación, el vínculo entre la cuestión nacional y la lucha social, a pesar de que su práctica deja entrever que hay alguna visión del fenómeno, que calificaríamos de empírica.

En síntesis, encontramos en su palabra muchos fragmentos de tipo doctrinal e ideológico pero que como estructura, no llegan a conformar ni una ideología, ni una doctrina sea moral, política,

social, económica o de otro tinte. Creo que el “Torrijismo” se acerca más, desde este ángulo, al concepto de “programa político”, cuyos componentes fueron ciertamente el sustrato del accionar nacional en la lucha anticolonial; o para ser más preciso: representa –en el punto al que llegó y que hoy heredamos–, una “Hoja de Ruta” encaminada a romper las cadenas de la opresión nacional, lo que significó abrazar profundamente una *causa* que es su constante: la de la liberación nacional.

Estos rasgos ideológicos y doctrinarios los encontramos muy presentes en dos ejes principales que caracterizan su causa defendida, y que los resume concisamente en declaraciones sobre su proyecto dadas al periodista Neiva Moreira en 1981: “Teníamos dos objetivos fundamentales (...). Primero la recuperación del Canal, y segundo convertir una caricatura de país en una Nación”. El primero, por supuesto, eliminaba la presencia física e insolente de la colonia. El segundo, como bien lo aclara José de Jesús Martínez en su libro “Los papeles del General”, encerraba dos aspectos estratégicos: “la conquista del Poder Popular”, y la construcción de “un Estado productor, económicamente próspero y, por lo mismo, independiente”.

Es entonces alrededor de tales propósitos que se fueron ordenando, de alguna manera, los componentes doctrinarios e ideológicos que hoy recogemos, pero que nunca culminaron su proceso de construcción como sistema. Contrariamente, fueron puestos rápidamente de lado por sus seguidores después de su muerte, la mayoría de las veces intencionalmente, guiados por intereses mezquinos lumpen-clasistas o por el oportunismo colaboracionista. El sentido de equidad, del cooperativismo, de la solidaridad, del diálogo pluralista como medio de generar poder, de la renuncia a la opulencia, del patriotismo; la idea del poder comunitario de base, del desarrollismo en la macroeconomía, de la independencia y soberanía de los pueblos, del internacionalismo antimperialista, son claros códigos que definen al Torrijismo.

¿Cuál fue el rumbo de esta visión programática y cuál su contenido?...

Para identificar el rumbo se hace necesario subrayar nuevamente el carácter fundamental *anticolonial* del proceso que inaugura el retorno del General Torrijos, en diciembre del ‘69. El objetivo central fue la eliminación de la estaca colonialista enterrada en lo que se llamó “Zona del Canal de Panamá”, propósito que le significó a nuestro pueblo esfuerzos titánicos, sacrificando en particular ingentes problemas nacionales de carácter social. Y es porque en los hechos, a pesar de todas las lacras sociales heredadas del pasado oligárquico, lo que había madurado en nuestra sociedad, era la necesidad de integrar territorialmente a la nación panameña.

Creo que lo que podría llamarse “la gran hazaña” del General Torrijos, consistió en haber logrado este hito nacional en el contexto de un mundo bipolar complejo, dividido por la confrontación ideológica. Eran momentos en que lo que no era blanco era rojo; no había matices intermedios. Pero también, en que el modelo aplicado al Canal, en su doble carácter de colonia y monopolio de Estado había llegado a un punto de agotamiento tanto para los panameños, como para determinantes sectores de la economía capitalista mundial, entre estos los del transporte, reaseguros y las finanzas.

Así se abrieron amplias avenidas para construir suficientes alianzas internacionales de Estado, que neutralizaron al enemigo y permitieron avanzar la liquidación colonial por la vía política, situación que manejó Torrijos con esa extraordinaria habilidad de político y militar que poseía. El otro aspecto fue el movimiento paralelo a los gobiernos que se logró articular con los pueblos del mundo... La solidaridad mundial de los pueblos, de todas las latitudes, fue un eslabón estratégico del triunfo alcanzado. La diversidad de fuerzas que concurrieron en apoyo a nuestra causa, ahondaron con gran efectividad el anillo de aislamiento de la vergüenza colonial. Y en este campo vale resaltar que el nacionalismo panameño, ese “nacionalismo jacobino” inmerso en las profundidades de nuestra cultura popular, demostró ser profundamente internacionalista en las circunstancias de la etapa histórica vivida; otro valor del Torrijismo.

Sin embargo todas las alianzas externas no hubiesen sido nunca suficientes para alcanzar el objetivo anticolonial. El principal papel de todo cambio –se dice–, lo hace el inquilino de casa; y esto exigió mucha madurez a las cabezas del movimiento popular, como por ejemplo establecer con sumo cuidado la naturaleza de lo que se buscaba, el contenido de los intereses que entraban en juego, la divisoria de fuerzas que marcaba el objetivo anticolonial y el carácter de la confrontación en la etapa. Así mismo tocó evaluar con acierto la fuerza hegemónica de clase que presidía la situación del momento, en condiciones de una oligarquía obsoleta que había fracasado, pocos años antes, en la solución del problema colonial. El hecho es que el movimiento no podía dejarse llevar por espejismos...

De las transformaciones realizadas hay cuatro que destaco, porque en ellas prevalece el barro panameño que puede dar sustancia a un modelo de desarrollo, ajustado al rumbo liberador de nuestra nación.

- El reemplazo de una Asamblea Nacional, integrada de diputados que se representaban solo a ellos y a la casta social que los financiaba, por una Asamblea Nacional de Representantes de Corregimiento, con imperfecciones, pero que estableció un cordón umbilical permanente entre la base social de la nación y el gobierno, y sacó del anonimato a amplios sectores sociales y espacios territoriales del país. Fue una organización política diseñada de abajo hacia arriba que, sumada a otras estructuras democráticas de participación como fueron las Juntas Locales, Comunales, Comités Provinciales, de Salud y organizaciones comunitarias de base, organizaciones sindicales, estudiantiles, campesinas, etc., integrando una pirámide institucional llamada “Poder Popular”, pudieron ser el punto de partida más genuino para avanzar por la vía política hacia una democracia revolucionaria, participativa y pluralista que culminara nuestro proceso de liberación nacional.
- El reordenamiento económico, que hizo pasar de una economía sostenida solamente en la empresa privada como motor del desarrollo, a una que integró tres ejes principales: el privado, el estatal y mixto, y el social o cooperativo de producción, con la finalidad de generar desarrollo, a la vez que nivelar los perfiles de la distribución de la riqueza y garantizar la soberanía alimentaria. En ese tejido, el eje estatal y mixto tomó la responsabilidad de las inversiones estratégicas de infraestructuras y del sector primario.

- Una educación científica, popular y patriótica, basada en la necesidad de elevar la capacidad nacional del capital social en el marco del despliegue intenso de las fuerzas productivas nacionales, como piedra de toque para el desarrollo socioeconómico y vehículo para la movilidad social.
- Una redefinición de la defensa nacional y la seguridad pública, a partir de los intereses de la nación y no ya, de los dictados dados por la potencia imperial nortea en el marco de su confrontación de la Guerra Fría, lo que nos encerraba hasta entonces en el estrecho círculo de la contrainsurgencia, marcándonos como enemigo a vencer el enemigo de ellos. La operación “Ay qué miedo” fue un ejemplo que valida nuestra afirmación.

De esto no queda hoy nada material, siendo sin embargo, como experiencia histórica, cuatro pilares estratégicos para una refundación de la nación en nuestros días. Lo borraron Tirios y Troyanos. A mi entender, porque las transformaciones nacionales, algunas profundas, nunca fueron lo suficiente para proclamar una revolución. Para ello se hubiese necesitado un cambio claro de la hegemonía de clase que presidía los destinos de la República, hecho que nunca sucedió. Y creo que no se alcanzó porque en primer lugar, el objetivo anticolonial por la vía asumida de la negociación limitó el horizonte de los cambios internos; en este marco el escenario fue siempre favorable a la ideología del reformismo burgués. En segundo lugar, porque la revolución no es un asunto de simple voluntad, sino de correlación de fuerzas, de conciencia social organizada, de praxis revolucionaria de los destacamentos de vanguardia, los cuales tuvieron serios rezagos. Operó siempre como una fuerza de fricción la ausencia de una ideología de la revolución democrática.

Torrijos expresa la dificultad en su forma siempre sui-generis, en un documento dirigido a grupos radicales estudiantiles que se manifestaban en las calles. Cito: “lo nuestro (...) quiere ser una revolución. Y esto es más difícil, porque los gobernantes se mueren al fin y al cabo. *Pero al sistema hay que matarlo*”. Esto no tuvo lugar en el país “ni de poquito a poquito, para que no patalee demasiado” como agregaba el escrito. Es así que lo que se vivió, fue un “*proceso revolucionario*” más que una revolución, proceso en el curso del cual muchas transformaciones tuvieron la debilidad de quedarse a media asta, sin sostén jurídico y debidas ejecutorías.

Sin embargo, no podemos concluir por ello que el programa trazado, a pesar de sus incoherencias y contradicciones, no tuviese en el pensamiento de Torrijos un contenido social bien definido. En su discurso ante la Asamblea Nacional de Representantes de Corregimientos del 11 de octubre de 1973, expresa claramente: “*El Estado no puede seguir siendo el padre de uno y el padrastro de otro*”... “No somos enemigos de la empresa (dice), somos enemigos de determinados grupos de empresarios”. Y señala a los empresarios que tienen un espacio dentro del proceso, como aquellos que “*explotan la empresa y no explotan al hombre*”... En definitiva pues, el proceso que encabeza no está al margen del mapa social panameño; tiene una base social de sustento que abraza a todas las fuerzas patrióticas de nuestro pueblo; pero así mismo, excluye permanentemente cualquier vestigio vivo de oligarquía corrupta y antipatriótica.

¿Dónde nos encontramos hoy, en la carrera histórica por la liberación nacional?

Durante el desarrollo de la etapa anticolonial, la dinámica de los acontecimientos avizoraba ya, en su seno, que logrado este hito, se abriría inevitablemente otra etapa de mayor lucha social, hacia la conquista de la soberanía popular. La razón era que la tarea anticolonial, siendo un problema fundamentalmente de soberanía nacional, había obligado a romper –como se ha podido observar– con el Estado oligárquico que presidió los destinos republicanos de la nación desde 1903; y esta exigencia, independientemente de las virtudes y vicios que pudo heredar del pasado o alimentar su presente, abrió las puertas a nuevas experiencias de poder en nuestro pueblo, al protagonismo de los excluidos y a una conciencia social sin dudas más democrática, participativa, que fue lo que aconteció bajo el liderazgo de Torrijos.

Firmados los Tratados Torrijos Carter, el General, en su forma siempre metafórica de expresarse, señaló desde muy temprano los nuevos giros que tomaría el proceso. En “Partes del General al Pueblo” manifiesta: “El vacío político que va a dejar la victoria sobre la Zona del Canal de Panamá, debe ser llenado con una campaña de lucha en el frente económico interno, que nos dé la victoria del desarrollo. Tampoco será fácil”... Agregamos que al hablar de desarrollo, se refería sin equívoco al cultivo y crecimiento de los gérmenes del desarrollo con equidad, sembrados durante la etapa que se cerraba.

La tarea no sería fácil porque estas transformaciones, post-coloniales, no caerían del cielo... Requerían inevitablemente la formación de un nuevo bloque social –en el buen concepto de Gramsci–, capaz de implantar la hegemonía política correspondiente a la nueva etapa que se iniciaba. Nos tocaba en síntesis la compleja tarea de fortalecer la soberanía popular, como medio de garantizar y ampliar la soberanía nacional alcanzada y lograr un desarrollo con justicia social revolucionaria, todo lo cual desencadenaba, de hecho, una nueva divisoria entre las fuerzas sociales y políticas del proceso panameño, diferente a la que había presidido la marcha anticolonial, y demandaba nuevos alcances a la organización popular y a la conciencia nacional progresista y revolucionaria.

Y es que sin conciencia revolucionaria no hay revolución posible... Quejándose del ambiente de sumisión que impregnaba la atmósfera gran colombiana (ganada ya la campaña de la guerra liberadora), Bolívar manifestaba con profunda preocupación y justeza: “Nuestras manos ya están libres, y todavía nuestros corazones padecen de las dolencias de la servidumbre”... La pregunta inevitable era (y aún lo es), cómo ganar la libertad cuando las mentes se arrodillan ante el opresor...

En este contexto se creó el Partido Revolucionario Democrático (PRD)... Se crea pensándolo como parte de un conjunto de nuevos partidos, sin caciques ni dueños, representativos de colectivos sociales con la suficiente plataforma ideológica y programática como para ser la antesala de gobiernos patrióticos y capaces de articular agendas legítimas del interés nacional. El General Torrijos lo entiende como un “primera base” de sustentación del gobierno (el “segunda base” sería el Poder Popular y el “tercera” las fuerzas Armadas). Y decía: “Si el Partido aplasta con su fuerza de influencia al poder legislativo, estamos propiciando que se rompa el

equilibrio que debe existir en esta rama del diario devenir ciudadano. Si la Legislativa se impone a la fuerza al pueblo, con la ayuda de los fusiles, estamos propiciando una dictadura sin uniforme. Y si la Guardia se impone, lo que se está propiciando es una burla”...

Cumplir con el papel de un “primera base”, o como también decía, de “torrente circulatorio que alimenta al organismo nacional”, evidentemente que no era un asunto para ser realizado desde las cúpulas gubernamentales, con los trabalenguas que por lo general llenan sus discursos de cifras, sino para ser desarrollado desde y por las bases militantes, calentando calle por calle, casa por casa con la palabra de la doctrina y estrategia correcta, muchas veces sobre caminos de barro como lo hacía el propio Comandante. Y esta idea está muy clara en él: “Si los dirigentes del PRD recorrieran todo el país —expresa—, deteniéndose en cada corregimiento, en cada pueblo, en cada villorrio, y desplegaran una actividad de proselitismo con la misma vehemencia de los carismáticos..., *con la vehemencia de quien expone una doctrina de cambio, no un gobierno de turno...*, tendríamos que gastar mucho menos en las concentraciones. La gente iría a ellas, y a las urnas, *por convencimiento*”... Esto y otros aspectos importantes de su visión del Partido, se recogen en los documentos “La Línea” e “Ideas en Borrador”.

A Torrijos lo asesinan en los precisos momentos en que entraba por la senda de la elaboración teórica de la experiencia realizada y articulaba un programa para el país que soñaba. Era el momento en que se necesitaba la construcción de este nuevo bloque de poder, necesario para avanzar hacia las transformaciones democrático-revolucionarias (como él mismo llamó) y consiguientemente, de una ideología del partido para tal fin. Los últimos escritos citados² apuntan claramente en esa dirección. Las capas populares hervían en el fragor revolucionario y el programa para una nueva nación, bajo la conducción del Líder, no solamente era piedra angular para marcar con claridad el rumbo, sino que llevaría a no dudarlo, a connotados representantes de los intereses antinacionales, internos y externos, al patíbulo justiciero de la historia. Fue la causa principal del crimen cometido. En mi opinión, gran parte del desmantelamiento del proceso liberador posterior a su muerte, está vinculado a esta desaparición criminal.

El gobierno que nos damos hoy día, es ni más ni menos que el resultado cumbre de la “destorrijización” material y espiritual que ahogó al proceso de liberación nacional. Y el trasfondo de lo que se observa a la fecha es que el Estado presidencialista, oligárquico y neocolonial que recompone la invasión norteamericana del ’89, ha traspasado la raya crítica de una enfermedad terminal estructural, imposible de atajar; o sea que llegó al grado en que, lo único que le queda para aligerar su dolor letal es la “morfina. En tales condiciones, opera solamente sobre la base de la corrupción, de la ilegitimidad, del autoritarismo y de la fuerza policial. Toda la institucionalidad política, desde los ministerios, pasando por el Poder Judicial, la fuerza represiva, el Legislativo y los partidos políticos están envueltos en su metástasis; pues han sido y son partes funcionales del sistema. En tal contexto, cualquiera solución que se busque en el marco del estatus-quo presidido claramente por la burguesía financiera nacional,

² La Línea e Ideas en Borrador.

especuladora, rentista y transnacionalizada, sólo acelerará su muerte; y advertimos que no podemos pronosticar si esta muerte será convulsionada o tranquila.

¿Qué hacer?...

Creo al respecto, que son tres los desafíos principales que tenemos por delante...

El primero, diría, es retomar la perspectiva de las transformaciones profundas políticas, sociales, económicas, culturales y ambientales inscritas en la agenda de la presente etapa histórica. Antes que pensar en las próximas elecciones, creo que debemos pensar en las próximas generaciones; en las exigencias históricas del país y en la estrategia para alcanzarlas. Éstas exigen prioritariamente la institucionalización de la soberanía popular, bajo una nueva democracia nacional de participación auténtica, legítima y pluralista, así como el fomento de una economía productiva nacional hacia el desarrollo endógeno y sostenible, que garantice el equilibrio entre crecimiento y distribución. De esto Torrijos nos deja una experiencia invaluable.

El segundo, es desterrar el neocolonialismo de la geografía nacional; y un primer paso sería revisar el Tratado de Neutralidad Permanente del Canal de Panamá, sustento jurídico de la dependencia neocolonial, iniciando así un nuevo capítulo de negociaciones que debe conducirnos a perfeccionar nuestra independencia, en el concierto actual de naciones.

Los Tratados Torrijos Carter liquidaron sin duda alguna el carácter colonial de la franja canalera, pero no eliminaron la sujeción neocolonial del país; y esto quedó plasmado jurídicamente en el Tratado de Neutralidad Permanente, pues con éste la nación asumió compromisos que formalizan fundamentos de un estatus neocolonial del territorio, mediante derechos residuales de tipo militar, concedidos a los EEUU; por ejemplo la posibilidad de intervenir en su geografía por cuenta de la defensa conjunta del Canal de Panamá, ante amenazas internas o externas.

Este residual –vale señalar–, al conceder a los EEUU la defensa compartida del Canal, actuando cada uno de acuerdo a su fundamento constitucional, así como el paso expedito a las naves de su flota a través de la vía en caso de conflictos, hace de nuestro país nuevamente un blanco de guerra de sus enemigos, que no siempre serán los nuestros y que hoy ya no es uno, sino son muchos, entre los cuales pueblos y países de Nuestra América.

Por ejemplo las bases estratégicas navales puestas por el Pentágono en territorio colombiano, con la tecnología actual, son como si las hubiesen puesto en Panamá, toda vez que están amparadas por el derecho que le da el Tratado de Neutralidad a los EEUU, de paso expedito a sus naves en caso de conflicto, derecho que fue extendido por el Tratado de Montería a Colombia y Costa Rica, siendo ambos países limítrofes. O sea que el eje Colombia–EEUU o Costa Rica–EEUU tiene derechos y privilegios en esa vía, que los prioriza sobre otros países latinoamericanos en términos de la variable “tiempo” para la movilización bélica marítima, creando un desbalance en la configuración geopolítica regional dentro del marco de las hipótesis de guerra que surgen con los nuevos vientos del conflicto Norte/Sur, que reemplaza al

clásico conflicto Este/Oeste. Esto tiende a romper los hitos establecidos –y que debieran prevalecer– para la confianza mutua regional, poniendo a Panamá en el centro de la gravitación.

Y finalmente el tercero, derivado del estado de maduración al que ha llegado la necesidad histórica de resolver los dos primeros. Es la tarea inmediata de **construir el sujeto revolucionario destinado a dirigir el proceso liberador; o sea el “Frente Único Nacional”, para lo cual habrá que consensuar entre el conjunto pluriclasista de todas las fuerzas revolucionarias y progresistas patrióticas, el carácter del enemigo interno y externo a vencer en la coyuntura, así como el programa de las transformaciones a realizar.** Es decir, hay que regresar a la construcción del bloque social del cambio revolucionario que Torrijos no pudo culminar, tarea en la que el Torrijismo, como doctrina y guía programática, tendrá un papel de primordial importancia que jugar por su contenido histórico.

Yo estoy seguro de no equivocarme al presentar estos retos como los principales en la agenda del día actual para la refundación de la nación. Frente a ellos digo al igual que ayer: **Hemos avanzado, la lucha continua!...** Una consigna que vuela aún en nuestros corazones de patriotas, y que seguirá presente hasta que alcancemos la legítima soberanía del pueblo y la verdadera independencia de la Patria...

“Tiro la línea –dijo Torrijos–, camino y los espero allá. Los objetivos intermedios y la forma de realizarlos lo determinan ustedes. **Ellos deben conducir al país al objetivo final**”... Un objetivo final sin dudas inconfundible, al revisar su causa de liberación nacional. Eh aquí la base de cualquiera representación ideológica del Torrijismo.

Y bien; inamovible y de pie en su posta de soldado vigilante, aún espera en posición de firme y con un patriótico saludo militar, ese parte de las conciencias revolucionarias de nuestro pueblo y de su juventud, informándole el deber cumplido!...

Manuel F. Zárate P.
29/septiembre/2012